

De tejas abajo estaba decidido que el segundo fruto de este matrimonio había de ser varón; ninguna ley de la naturaleza se oponía á ello, y lo era ya por aclamación. Aún no había nacido, y ya se buscaba el nombre con que había de ser conocido en el mundo; y como lo que se busca con más afán no es lo que más pronto se encuentra, se repasó muchas veces el almanaque, sin que se diera con un nombre á gusto de todos.

De repente corrió por la casa la fausta noticia. «Ya está ahí,» dijo uno, y «Ahí está,» repitieron todos.

En efecto: los gemidos de un llanto sin consuelo anunciaron que un nuevo ser acababa de entrar en el mundo.

Pero ¡qué desencanto!.... No era varón; ¡era otra niña!.... Martín se encogió de hombros, como quien dice «¡Paciencia!» María de la Paz la acogió en su regazo y la aplicó á su pecho, como diciendo: «¡Bah!.... También es mi hija.» Y en aquel momento, oyendo la abuela llorar á Aurora, salió en su busca; y rodeándola con sus brazos, como si quisiera defenderla de alguna desgracia, la besó, diciéndole:

—No, hija mía, no llores; tú sola eres mi nieta.

Á las gentes de la casa parecía que se les ha-

bía caído el alma á los pies. Experimentaban el desaliento que origina el desengaño. «¡Otra niña! ¡Ni al demonio se le ocurre!.... Esto va á ser un convento de monjas.»

—¿Qué nombre se le pone á la recién nacida?

—¡Nombre! Uno.

—¿Cuál?

—Uno cualquiera. ¿Qué más da un nombre que otro?

Se consultó al Almanaque; había nacido en el día de San Bernardo, y se la bautizó con el nombre de María Bernarda.

Es verdad que la segunda hija de Cañizares no era tan hermosa como la primera; en este punto la ventaja de Aurora resultaba incontable, y la abuela se complacía en hacer ver la diferencia á todo el mundo. ¡Pobre niña! ¿Qué daño había hecho para ser recibida con tanto despego? ¿Comprendía ella algo del efecto que causaba su presencia? Seguramente no; pero es el caso que su boca sonrosada sonreía á todo el que la miraba. Las sonrisas que su hermana escaseaba tanto, ella las tenía siempre en la boca.

Un día, la niñera encargada del cuidado de Bernarda la acercó á Aurora, que jugaba sobre las rodillas de su abuela. Las dos hermanas se encontraron frente á frente, y la menor tendió los brazos como si quisiera abrazar á su herma-

vez, y caer para siempre. Por triste que nos parezca el caso, ello es que la sepultura abierta va siempre delante de nosotros, como un asilo que, más tarde ó más temprano, ha de recibirnos. No hay manera de salvar ese pequeño abismo; y, echese por donde se quiera, siempre vendremos á parar en la muerte.

La abuela de Aurora no se hallaba exenta de esta contingencia; pues si bien la hermosa nieta había podido contenerla por algún tiempo en las inquietudes de la vida, es lo cierto que no poseía el singular privilegio de eternizarla sobre la tierra. Es muy posible que, sin abandonar del todo la idea del otro mundo, la buena Pacheca hubiera aplazado el tránsito inevitable para una época más lejana, á lo menos para la época en que Aurora, adornada con todas las galas de la juventud y de la belleza, pudiese contraer un matrimonio digno de su ilustre ascendencia. En tal caso, sólo habría pedido una corta próroga, la necesaria para recibir en sus brazos al primer hijo de su adorada nieta.

Pero, ¡ya se ve!, el cuerpo se cansa también de la asidua tarea de la vida; y como no le es permitido suspender el trabajo continuo de vivir, ni por un momento, para cobrar nuevas fuerzas, llega un día en que desfallece, la sangre comienza á circular lentamente por las ve-

nas, los músculos pierden la elasticidad que es su fuerza, los ligamentos se aflojan, los jugos, manantiales misteriosos de la vida orgánica, se agotan, late el corazón más despacio, como si no quisiera llegar tan pronto al término del viaje, las principales funciones de la máquina se entorpecen; y como si se hubiese aumentado poderosamente la atracción del centro de gravedad, los pies se arrastran, las manos pesan, las rodillas vacilan, el cuerpo se encorva y la casa amenaza ruína.

No se hallaba la Pacheca en este extremo que marca una edad avanzada; pero desde el nacimiento de Aurora había abandonado la actividad de la mujer casera. Aquel subir y bajar de la despensa al granero, del parador á la cocina; aquella tarea continua de los quehaceres domésticos era su vida, y al recluirse cerca de la cuna de la nieta, parecía que había renunciado voluntariamente á seguir viviendo. Para la Pacheca, el mundo era su casa, el reposo era la muerte.

La inacción en que vivía minó poco á poco el edificio de su salud; empezó á experimentar la pesadez del cuerpo que pierde fuerza, y quieras que no quieras, se fué apoderando de ella esa postración que viene á ser la muerte sin acabar de perder la vida, esa especie de intervalo que

suele establecerse entre morir y ser enterrado. En aquel cuerpo, cada vez más inerte, se había reconcentrado la vida en un solo sentimiento. Aurora: he ahí la gota de aceite que mantenía aún viva la llama en la lámpara de su vida.

Pero ¡qué diablura! Aurora había cumplido ya seis años, su corazón y su entendimiento empezaban á agitarse dentro de su ser, y, ¡vamos!, no era la viuda el objeto especial de su pensamiento. Por un instinto cruel de la vida, huía de su abuela, como si hubiese advertido en ella las primeras sombras de la muerte. Semejante al pájaro que ha probado la ligereza de sus alas, abandonaba el árbol inmóvil que lo había acogido, dejándole en memoria el triste recuerdo del nido vacío.

La Pacheca, en vez de quejarse, la disculpaba; la seguía con su corazón y se resignaba á no verla más que en su pensamiento, porque la nieta, ligera como una mariposa, se escapaba siempre de las pesadas manos de su abuela, lo mismo que los pájaros se escapan de las jaulas. No se ocultaba á su ciego cariño el fruncido entrecejo de Aurora cuando pretendía retenerla algunos momentos á su lado, y al besarla tomaba la precaución de cerrar los ojos para no ver á la nieta limpiarse apresuradamente la mejilla donde se había estampado el beso de la abuela.

Esta ingratitud, digámoslo á la moderna, *inconsciente*, era como echar leña al fuego, porque servía de pábulo al cariño de la Pacheca, por ese nuevo atractivo que adquieren á nuestros ojos las cosas que nos abandonan.

Ella decía :

—¡ Qué ha de hacer!.... ¿ Se ha de convertir á los seis años en Hermana de la Caridad? ¿ Qué culpa tiene de que yo no pueda correr y saltar como ella corre y salta? ¿ No faltaba más, sino que al cabo de mis años me hiciera yo verdugo de esa hermosa criatura que empieza á vivir!

Reflexionaba así á sus solas, como si dijéramos de puertas adentro, queriendo convencerse á sí misma de la razón de sus propias palabras. Algo sentía en el fondo de su corazón que le hacía hablar de esa manera; alguna voz oiría resonar en lo íntimo de su alma que la obligaba á salir á la defensa de Aurora. Y hablaba así con enojo, con toda la cólera de que era capaz su alegre y pacífica naturaleza.

María de la Paz pasaba junto á su madre las horas que las ocupaciones de la casa la dejaban libres, y solía echar de menos á Aurora, y preguntaba por ella.

—Déjala (le decía la abuela). Estará regando las macetas de la terraza; es su juego favorito.

Le gusta estar sola : ¡ya se ve! ; como que no tiene compañera.

—No es cariñosa (advertía la madre) : es más bien arisca. Tengo ese sentimiento. No juega con las niñas de su edad, como hemos hecho todas.

—¡Dale! (replicaba la abuela.) Es formal ; sabe más que la justicia ; no se le escapa nada. ¿Qué quieres ? ¿Que se pase el día desgredada por esas calles de Dios apedreando perros con los muchachos de la vecindad, hecha un marimacho? Tú, como has sido de la piel del demonio, crees que no se pueden tener pocos años sin andar encaramada en los perales cogiendo nidos. No te rías ahí á sorbo callado, ni te pongas colorada, porque eso es lo que has hecho toda tu vida.

—Bueno (insistía María de la Paz). Eso está muy bien ; pero ¿cuántas veces ha entrado hoy á verla á V.?

—Ciento y la madre (se apresuraba á decir la abuela). ¡Ya lo creo! No deja la ida por la venida.

María de la Paz movía entonces la cabeza en señal de duda, y la abuela añadía enojada :

—¡Cómo! ¿No sé yo lo que me pesco? ¡Cuidado con decirle una palabra más alta que otra! Yo soy la que la echa de aquí, la que le prohíbe que venga ; es dócil, y obedece : si el pájaro

vuela, es porque yo misma le abro la jaula.

La excelente mujer del difunto Pacheco no había mentido en su vida, porque aquel corazón, sano como una manzana, nada tuvo jamás que ocultar á nadie ; pero entonces mentía, en razón á que se pasaban los días enteros sin que Aurora apareciera por el cuarto de su abuela.

En cambio no se echaba de ver que Nona, en cuanto ponía los pies en el suelo, corría á ver á la madre Cruz, se acercaba á la cama, y empujándose sobre las puntas de los pies, presentaba las mejillas y recibía en su boca siempre risueña un beso indiferente, casi inadvertido, un beso de cajón, uno de esos besos que quieren decir. «Bueno ; está bien ; hasta mañana.» Tampoco se advertía que la pequeña Nona se deslizaba por el cuarto de la madre Cruz, se sentaba en el suelo al pie de la cama ó al pie del balcón, y allí se pasaba las horas enteras haciendo y deshaciendo muñecas con los trapos inútiles que recogía en la casa, hablando sola en voz tan baja, que nadie la oía, como si se la hubiese impuesto el más riguroso silencio. Y cuando la abuela se quejaba al hacer algún movimiento, Bernarda abandonaba sus muñecas, y salía á todo correr, diciendo : «Madre Cruz no duerme.»

Nadie hacía alto en estos pormenores, ni la

abuela misma reparaba en ellos, pues nunca los puso en boca. ¡Y quién sabe si los inocentes cuidados de Nona la mortificaban, haciendo resaltar, no precisamente la ingratitud, pero sí el desvío de Aurora! El cariño no suele ser ciego porque no ve, sino porque cierra los ojos para no ver. ¡Quién sabe si la buena Pacheca veía en la presencia asidua de Bernarda una acusación contra Aurora!... Mas no penetremos en estos abismos del corazón humano.

Ello es que la viuda partía su vida entre la cama y el gran sillón de vaqueta que arrastrado junto al balcón del aposento le dejaba ver el cielo que se perdía á lo lejos por detrás de los tejados de las casas vecinas, al otro lado de las huertas coronadas de árboles que se extendían por la llanura y más allá todavía, sobre los contornos de la sierra que en airosas ondulaciones cortaban la bóveda azul del horizonte. Desde allí distinguía la señora de Pacheco, en medio de la vida de la naturaleza, las cuatro paredes del cementerio, dentro de las que se levantaban las cruces de las sepulturas con los brazos abiertos en señal de redención y de misericordia, al mismo tiempo que los cipreses erguían sus copas solitarias, como dedos fantásticos, señalando en la inmensidad de los cielos la eternidad de la vida. Allí acudían, saltando en

necesante movimiento, los astutos gorriones que anidaban en los aleros de los tejados de toda la vecindad, atraídos por las migajas de pan que la abuela les echaba sobre el piso del balcón. Antes de la hora acostumbrada para estas diarias prodigalidades, el balcón se cubría de pájaros, y unos subían y otros bajaban, iban, venían, y piando como quien llama, parece que querían decir: «¡Eh, abuela; ya estamos aquí!» Pronto se estableció entre la enferma y los pájaros la más íntima familiaridad. Ella los maltrataba diciéndoles: «Pícaros, que no dejáis flor á vida, ni fruta sana, ni sementero en paz, ni granero tranquilo. Tomad, hambrones: ¡lástima de gracia de Dios que os metéis en el buche!» Ellos no replicaban; pero si los dedos torpes de la madre Cruz tardaban en desmenuzar el pan, los más audaces solían picarlo al vuelo en sus propias manos.

Medio oculta detrás del sillón, con los ojos de par en par, y la boca risueña, solía Nona presenciar estas escenas, muda é inmóvil para no espantar á los pájaros que la miraban con recelo, como quien no las tiene todas consigo, porque estos diablillos emplumados, como les llamaba la abuela, no sabían distinguir bien la diferencia que existe entre un gato y un niño.

Así pasó la primavera de aquel año, lleván-

dose el secreto con que da vida á tantas generaciones de flores, y llegó el verano con sus mieses doradas á fuego por el ardiente sol que ilumina el cielo de los climas meridionales. Y comienza la siega, y mientras las espigadoras buscan las espigas abandonadas en los surcos del rastrojo, la mies, cargada en carros, que rechinan sobre las cansadas ruedas, es conducida á la era. Los pares dispuestos para esta faena relinchan, la parva se tiende y la moza más resuelta se planta en el trillo, derecha y firme como una estatua, lanzando sus yeguas impacientes sobre las ondas de la mies extendida. Aquello es verla y no verla; da vueltas incesantes con rapidez fantástica: se creería la aparición de una hada, si el aire que hace flotar su zagalejo de rayas azules no descubriera de vez en cuando el contorno de una pierna desnuda, redonda y maciza, asegurando que allí no hay más que una mujer de carne y hueso. Sus ojos brillan animados por la rapidez de la carrera, su boca sonríe como una granada que se abre, su voz canta, su mano tostada por el sol hace crujir el látigo, y pasa arrebatada por la circunferencia de la era lo mismo que una flecha.

Los mozos han enganchado también sus trillos y se arrojan en su seguimiento; la buscan, la envuelven, la rodean, la estrechan, pero

¡bah!, todo es inútil: ella se escapa por el ojo de una aguja. No hay manera de cortarle el paso, porque se revuelve como un torbellino, y en el momento supremo les vuelve la espalda, dejándolos burlados; entonces se ríe á carcajadas, y con la mayor inocencia del mundo canta una copla que es toda malicia. ¡Vamos!, no pueden con ella. Y el caso es que cuando no la siguen, los incita, y cuando no la buscan, los provoca, porque lo mismo sobre un trillo y á la intemperie, que sobre ricas alfombras y bajo el artesonado de los salones, la mujer es siempre Eva. Y entre tanto su voz es la que mejor canta, su látigo el que más cruje, y su trillo el que más vuela. Y á todo esto el sol abrasa, el aire quemá, y el grano, libre de la cárcel de la espiga, se esconde presuroso bajo la paja despedazada.

También pasó el verano, y el cielo comenzó á coronarse con las primeras nubes del otoño. Á la siega siguió la cogida de la aceituna, que ya empezaba á caerse de los olivos, y á la trilla siguió la vendimia; la vida de las eras se trasladó á las almazaras y á los lagares, y al mismo tiempo la reja del arado surcaba la tierra, preparándola para la siembra. Martín no tenía un momento de reposo. Presenciaba todas estas faenas, y estaba á la vez en todas partes. La gente apetecía su presencia, porque signifi-

caba siempre más pan en las meriendas, más vino en las comidas, más vida en los bailes. A su vez, María de la Paz no se estaba mano sobre mano. Con su pañuelo de seda de vivos colores rodeado á la cabeza, con los brazos desnudos hasta más arriba del codo, con un delantal blanco como la nieve, con su cara risueña, con sus pies ligeros, ya aparece en el granero, ya en la despensa, ya en la bodega. Ella misma amasa el pan que han de comerse sus labradores, y la ilustre descendiente de Junio Pacheco no se desdenea de servirles la comida y escanciarles el vino. Recibe á los que llegan con una nube de preguntas, y despacha á los que se van, con un diluvio de encargos.

—¡Hola, Melchor!; ¿y tú hija?—Periquillo, entra el carro.—¿Cocea aún la Torda? ¿Cuándo te casas?—Aquí está Bartolo hecho una bola: ¿qué buena vida, eh?—Tío Bellido, ¿ponen mucho las gallinas?—Juanote, ¿conque te guiña el ojo la Tuerta? ¿Se come bien? ¿Se baila mucho?—¿Cuándo se hace dos la Roja?

Al despedirlos les dice:

—Mira, los del lagar que se laven bien antes de pisar la uva.—Toma estos bollos para los muchachos; esa torta de manteca para la viuda del Cano.—Dadle este ható á la Roja para lo que nazca.—A la tía Receta que le den una fanega

de trigo, que es pobre y está vieja.—Oye, Benito: que me rieguen el huerto.—Al amo que se cuide, que no duerma al relente, ni al sol, ni á la sombra de las higueras, que da dolor de cabeza.

Ella está en todo, y lleva sus cuentas; lo que recibe lo apunta, y lo que da lo olvida.

¡Ah!: también pasó el otoño. La madre Cruz, sentada junto al balcón en su gran sillón de vaqueta, lo había visto pasar llevándose las últimas hojas de los árboles. En medio de la naturaleza desnuda de sus pomposas galas, sólo los cipreses del cementerio conservaban su vestido, como quien espera: la lluvia, empujada por ráfagas de aire pasajeras, golpeaba los vidrios del balcón como quien llama; y la sombra del invierno, que se venía con sus nubes cenicientas y su sol desmayado, parecía reflejarse en el semblante de la Pacheca: su cuerpo se hacía cada vez más pesado. Se le había sorprendido al médico un gesto y una palabra. Frunciendo las cejas, se había dicho á sí mismo: «Ya están aquí los estancamientos.» Su plan curativo consistía en dar á la enferma todo el movimiento posible; así es que había hecho poner ruedas al sillón para poder moverla más fácilmente.

Llegó un día en que costó más trabajo vestirla, mucho más trabajo colocarla en el sillón de vaqueta, y en que el movimiento al trasla-

darla desde el pie de la cama al pie del balcón, le produjo congojas, desvanecimientos, angustias. La muerte está de tal manera en nuestra pobre naturaleza humana, que á cualquier accidente, á cualquiera dolencia aparece retratada en el semblante. María de la Paz vió la muerte en el rostro de su madre; pero no era mujer que se abandonaba fácilmente al desconsuelo y á las lágrimas. Para ella lo primero era socorrerla con el último esfuerzo, y después le quedaba toda la vida para llorarla.

—¡El médico!.... ¡El médico!....

La urgencia con que fué repetida esta palabra esparció la consternación en la casa. El médico llegó: ya nada tenía que hacer, y, no obstante, hizo algo. Después del médico llegó el cura, que lo hizo todo. Donde acaba la ciencia, empieza la fe; Dios es el último refugio, la última esperanza, el último consuelo, el último remedio. Arrancar á Dios de nuestro corazón, es abandonarnos á las horribles soledades de la muerte. No conoció un crimen semejante.

María de la Paz, de rodillas delante de su madre, asida á una de sus manos que besaba dulcemente, seguía con mirada atónita el curso tranquilo de aquella pacífica agonía. Detrás de María de la Paz estaba Martín, con los ojos hinchados y las manos cruzadas. La gente de la

casa, agrupada junto á la enferma, contemplaba con silenciosa aflicción la dolorosa escena. ¿Y Nona? Nona se encontraba allí medio oculta por el respaldo del sillón; miraba alternativamente á su abuela y á su madre, y el llanto inundaba sus mejillas: su boca era un gemido mudo; lloraba sin sollozos.

Los ojos de la moribunda buscaban la puerta que daba entrada á la habitación; esta puerta entornada se abrió lentamente, y apareció Aurora. Adelantó su preciosa cabeza coronada de rizos negros, y miró con asombro infantil el cuadro que tenía delante. El dolor embargaba los ánimos, y por primera vez, en los seis años de su vida, nadie reparó en ella. Entonces su boca hizo un gesto incomprensible, y retrocedió, desapareciendo detrás de la puerta.

La moribunda la siguió con los ojos, movió los labios queriendo pronunciar alguna palabra, pero no pudo pronunciarla. La vida hizo el último esfuerzo, y la muerte cerró para siempre los párpados de la enferma, dejando en ellos dos lágrimas como únicos restos de la vida. Aquellos ojos tan alegres, se cerraron por última vez llorando.

Todos de rodillas, con voces ahogadas por los sollozos, rezaron delante del cadáver la oración de los difuntos.

María de la Paz amortajó á su madre.